




Dicen que nos parecemos mucho al  pastor alemán,


pero tenemos las  más largas y delgadas, el  corto y robusto,



la  bastante larga y , las  puntiagudas,

unos  impresionantes que mostramos para defendernos

cuando estamos delante de un peligro y los  en forma


de  y de un color  muy bonito.

Tenemos tan buena vista que hasta vemos de .

Medimos de 65 a 85 cm de  y de 100 a 140 cm de 

con una cola de 30 a 56 cm, y pesamos entre 25 i 50 kg.

Siempre vivimos en .

La familia la formamos una decena de .

¡No tengáis miedo! No es preciso que huyáis. Soy un lobo. Ya sé que no habéis visto nunca uno que hable como yo, pero no hace falta que gritéis, ni que vayáis a buscar a un guardia, ni a un cazador.

Si los lobos tenemos mala fama, es por culpa de las exageraciones que se han dicho de nosotros. Sobre todo, hay una historia que repiten con bastante frecuencia, acerca de un pariente mío. Dicen que, hace varios años, se comió a la abuela de una niña muy simpática que se llamaba Caperucita Roja. ¡Por favor! ¡Es mentira!

Afortunadamente, las cosas cambian y, hoy en día, la gente no se la cree. ¿Cómo puede haber alguien tan corto de vista que sea capaz de afirmar que un solo lobo puede tragarse a una viejecita entera, con las gafas puestas, vestida con falda, chupa, jerséis y calcetines, un pañuelo en la cabeza, el cinturón, calzada con zuecos, adornada con pendientes y anillos, con las agujas de tejer en la mano, y...? Me parece que los hombres, cuando dejan de ser niños, solo dicen y hacen chiquilladas.



El amo, que se considera muy listo, está escribiendo un libro para explicar su famosa teoría que consiste en demostrar que si los animales feroces nos acostumbrásemos a vivir juntos y sin que nos falte la comida que necesitamos nos volveríamos pacíficos y no nos morderíamos los unos a los otros...

¡Qué puede explicarme a mí, que soy incapaz de matar una mosca! Ni a mí ni a ningún animal, pues no nos gusta tener que pelearnos y mucho menos mordernos. ¿Por qué tendría que hincarle los dientes a un ciervo, a un perro o a otro lobo? Sería una auténtica locura. Si llegamos a mordernos es porque nos hemos quedado sin alimentos y tenemos hambre. Pero si todos los comederos están llenos, si sabemos que no vamos a pasar hambre, hay que ser muy prepotente y pendenciero para enseñarle los dientes con mala intención a cualquier individuo, sea hombre, animal o hermano de raza.



Bien, ahora ya sabéis quién soy, de dónde vengo y cómo es mi familia. Y no hace falta que me preguntéis qué hago a estas horas del mediodía solo por la calle, sin que nadie me controle ni me lleve atado con una correa sujeta al cuello. No hace falta que me lo preguntéis porque tenía la intención de explicároslo.

He aprovechado la primera ocasión que se me ha presentado para escaparme de casa.

Lo tenía muy estudiado porque habíamos hablado muchas veces del tema con mi madre. Ella se ha hecho mayor y ya no tiene el deseo de huir, recorrer el mundo y vivir aventuras. Dice que le daría miedo encontrarse con alguien que quisiera aprovechar su piel, que todavía puede presumir de ella pues está muy bien conservada, para hacerse un abrigo. Pero también dice que comprende perfectamente que yo, a mi edad, tenga ganas de saber qué se siente al dormir entre los arbustos, perseguir liebres y conejos, lavarse el hocico cada mañana bien temprano en un riachuelo, hacerle poner la piel de gallina a algún granjero despistado cuando me vea de pronto atravesando un campo sembrado, reflejarme en las tranquilas aguas de los lagos, hacer resonar mi poderosa voz las noches de luna clara...

“Eres un digno nieto de tu abuelo”, me dijo mi madre porque yo, al ver que el mozo había dejado la puerta abierta, no dudé en escaparme. Esas palabras me animaron a huir de casa, bien, quiero decir del jardín, de aquel patio con paredes altas y rejas como una cárcel.

demasiada circulación. Estoy acorralado entre los coches y la gente. ¡Se me acercan! ¡Están cada vez más próximos!

No me muevo. Si me enfrentara a ellos y aullara con ganas enseñándoles los dientes, la sangre se les helaría en las venas.

He de actuar según me dicta la cabeza y no el corazón: si les planto cara, se vengarían y me pegarían sin piedad. Por mi cabeza pasan miles de ideas. ¿Qué es lo peor que me puede pasar? Pues que me lleven de vuelta al jardín de mi amo. En realidad, tampoco sería tan terrible; he vivido allí cuatro años y no me ha pasado nada malo.



© del texto: Joaquim Carbó i Masllorens, 2016
© de las ilustraciones: Pedro Rodríguez Rodríguez, 2016
© de la traducción: Ricardo Alcántara Sgarbi, 2016

© de esta edición: Milenio Publicaciones, SL, 2017
Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-9743-771-4

DL L 12-2017

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.